

DE BUENAS LETRAS

Releyendo a Voltaire

FRANCISCO GIL CRAVIOTTO

DE LA ACADEMIA DE BUENAS LETRAS DE GRANADA

Voltaire, como Gervantes o Lorca, es un autor que se presta a la relectura. Por eso, aunque ya lo he leído y releído más de una vez, hoy vuelvo de nuevo a uno de sus libros: su famoso y polémico 'Diccionario filosófico'. Pero, antes de presentar el libro, preciso será presentar a su autor. Lo voy a hacer echando mano al retrato que de él nos ofrece uno de sus contemporáneos: Ignacio de Luzán, el padre del neoclasicismo español, en su libro 'Memorias literarias de París', publicado en Madrid en 1751. Helo aquí: «M. de Voltaire tendrá ahora poco más de cincuenta años; es cortés, discreto y delicado en la conversación; de un ingenio muy agudo; de una fantasía muy viva y muy fecunda. Y, juntando a estas prendas naturales mucho estudio y asidua lección, una erudición universal y el conocimiento de muchas lenguas, forman el todo de un gran poeta».

De todos los libros de este «ingenio tan agudo al tiempo que discreto y delicado», el más atrevido e iconoclasta quizás sea éste que yo tengo ahora en las manos. Tanto que

ni siquiera se atrevió a publicarlo en Francia y su primera edición, Génova 1764, tuvo que hacerla en Suiza. Desde la primera página llama la atención la habilidad del escritor para poner en tela de juicio verdades y axiomas que hasta entonces parecían inamovibles. Valgan de ejemplo estas líneas sobre la libertad. Traduzco: «Libertad. –He aquí una batería de cañones que retumban en nuestros oídos. ¿Tiene vuestra merced la libertad de oírlos o la de dejar de oírlos?»

Voltaire ha planteado el problema: ¿Somos absolutamente libres? Dos siglos después, otro escritor francés, André Gide, volverá a sacarlo a relucir. Queda para nosotros el trabajo de rumiarlo y tomar posición. ¿Qué campo elegimos: la libertad o el determinismo? Viene la duda y decido pasar página. Ahora nuestro autor habla de la fe. Traduzco de nuevo: «Fe. Un día el príncipe Pico de la Mirándola encuentra al papa Alejandro VI en casa de la cortesana Emilia, en el momento en que Lucrecia, hija del santo padre, estaba de parto, y no se sabía en Roma si el niño era del papa, de su hijo el duque de Valentino, o

del marido de Lucrecia, Alfonso de Aragón, que tenía fama de impotente. La conversación fue gratamente jovial. El cardenal Bembo recoge una parte:

–Amigo Pico, pregunta el Papa, ¿quién crees tú que es el padre de mi nieto?

–Yo creo que es el yerno de su santidad, responde Pico.

–¿Y cómo puedes creer semejante tontería?

–Lo creo por la fe.

–Pero, ¿no sabes que un impotente no puede tener hijos?

–La fe consiste –responde Pico– en creer las cosas que son imposibles.

Irónica y admirable definición de la fe, tanto si es original de Pico de la Mirándola, de Bembo o inventada por Voltaire: «La fe consiste en creer cosas que son imposibles». Todavía me atrevo a realizar una tercera cala en el libro. Será la última. Ahora habla del plagio. Traduzco de nuevo: «¿Qué le importa al género humano que algunos zánganos roben la miel de algunas abejas? Las gentes de letras arman mucho ruido de insignificantes pequeñeces, que el resto del mundo ignora o toma a risa».

¡Qué magnífica lección para la gente de letras, que tanto nos preocupamos por insignificancias! ¡Lástima que aquí a nadie se le ocurra leer a Voltaire! Sólo por estas tres luminosas reflexiones merece con creces volver a leer a Voltaire. Termino invitando a cuantos aún gozan leyendo un libro a saborear este polémico 'Diccionario filosófico' de Voltaire. Toda una delicia de ironía y agudeza.